

SUBSIDIO CATEQUÉTICO PARA JÓVENES



VII CONGRESO
EUCARÍSTICO
NACIONAL
YUCATÁN 2019

CATEQUESIS NO. 2 **JESÚS ALIMENTO EN LA PALABRA Y LA EUCARISTÍA**

- Pastoral Juvenil -

Comisión Nacional del Congreso Eucarístico

Marzo de 2019

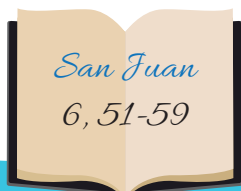
www.cen2019.org.mx

FACEBOOK: Congreso Eucaristico Nacional 2019



ORACIÓN INICIAL

Nos ponemos en disposición para entrar en oración, pedimos la guía del Espíritu Santo.



Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo». Los judíos discutían entre sí, diciendo: «¿Cómo este hombre puede darnos a comer su carne?». Jesús les respondió: «Les aseguro que si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tendrán Vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es la verdadera comida y mi sangre, la verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Así como yo, que he sido enviado por el Padre que tiene Vida, vivo por el Padre, de la misma manera, el que me come vivirá por mí. Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron sus padres y murieron. El que coma de este pan vivirá eternamente». Jesús enseñaba todo esto en la sinagoga de Cafarnaúm..

Palabra del Señor

El evangelio de Juan presenta a Jesús realizando el signo de la multiplicación de los panes estando cerca de Jerusalén con sus discípulos y mucha gente, el texto dice que “subió a la montaña”, próximo a la celebración de la fiesta judía de la pascua. Luego del relato de la multiplicación, habiendo bajado la montaña y atravesado el lago donde él camina sobre las aguas en presencia de sus discípulos, llega a Cafarnaún. Ahí con dos discursos Jesús ayuda a interpretar el signo de la multiplicación de los panes y peces, la reacción de los judíos es de incredulidad, muchos discípulos no creen y se alejan de él. Pero algunos se quedan con Jesús, como Pedro y los apóstoles.

El pan u otro alimento semejante es parte de la dieta básica de toda cultura. Cuando Jesús nos dijo: “Yo soy el pan vivo bajado del cielo” (Jn. 6, 51) afirmó que él es enviado por el Padre para salvarnos por puro amor, él es alimento necesario para la vida de todos. Él es el centro de una vida humana y espiritual plena. En el discurso del pan de vida Jesús se identifica como el pan para la vida del mundo, el alimento y sustento para la vida eterna.

Oremos: ¡Ayúdame a responderte! Jesús, ¡es difícil comprender que nos quieras dar tu cuerpo en alimento! ¿Cómo es que podemos comerte, mi Dios? Sólo el amor comete semejantes locuras. ¡Qué triste me siento por las veces que he dejado de recibirte, pudiendo haberlo hecho, y por las veces que te he recibido sin ponerte la debida atención! Reconozco que en cada comunión te haces carne en mí y me pides que sea tu cuerpo y actúe en tu nombre entre las personas que me rodean. Tú me identificas contigo, también conviertes mi pobre corazón en pan de vida para la humanidad ¡Gracias por este honor inmerecido! ¡Ayúdame a responderte con todo mi corazón!

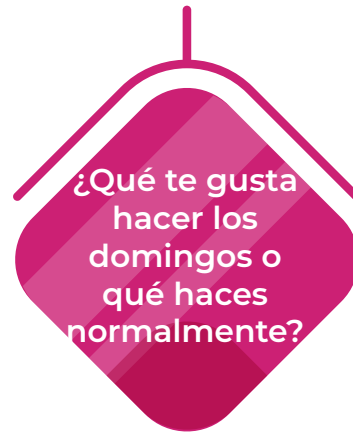


VER: EL DOMINGO, DÍA SOCIAL



El domingo es un día especial en la semana, es un día muchas veces esperado para descansar en casa, o para arreglarla, visitar familiares o amigos, salir a pasear, ver el fútbol, etc.; pero además en la actualidad es un día de trabajo para muchas personas. También es para muchos cristianos un día dedicado a Dios y la Misa. En nuestra cultura se le llama fin de semana o *weekend*, es decir, el domingo es considerado el último día de la semana en el cual recargamos energías, porque le sigue el lunes con el regreso al trabajo o escuela. *El domingo parece ser un día en el que se descarga todo el peso de la semana.* El día “domingo” en inglés se llama Sunday, de sun que quiere decir: sol y day: día, es decir, “**día del sol**”. Y tengamos en cuenta que la palabra “vacaciones” se dice *hollyday*, de *holly* que significa santo, es decir, “día santo o días santos”. Esto nos hace ver que el fin de semana, especialmente el domingo, es como un espacio de pausa dentro de la intensa semana, bien se parece como a unas “microvacaciones” semanales. Pero lo que realmente hace “santo” un día es dedicarle todo a Dios en ese día, ofreciéndole todo al Señor, el verdadero Sol que ilumina y da vida a todo.

Imaginemos que se da la oportunidad de que puedas disfrutar unos días soleados de verano en unas merecidas vacaciones:



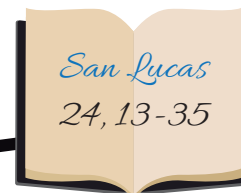
La celebración de la Misa en domingo no pocas veces pasa desapercibida como una actividad más entre otras y no pocas veces toma un segundo lugar debajo de muchas otras cosas, eventos o actividades que si bien nos ayudan a descansar o a distraernos y son por tanto necesarias pero que no podrán llegar a alimentar completamente los deseos más profundos de felicidad y plenitud a las que toda persona tiene derecho y que Dios mismo quiere para todos. **Sólo Dios puede ofrecer un alimento para la vida eterna**, este alimento es Jesús, “el que coma de este pan vivirá para siempre”, en el sentido de buscarlo, conocerlo, querer estar con él como con un amigo; creerle, anunciarle, amarle y amar como él ama, vivir los sacramentos y construir el Reino de Dios, unido a su Iglesia. En este sentido para los cristianos **el domingo toma su verdadero significado por la resurrección de Jesús**. Desde los primeros cristianos el domingo es el primer día de la semana, no el último, sino que es “el día del Señor”.



- ¿Has pensado alguna vez cuántas campanas en las iglesias suenan el domingo por todo el mundo, cuánta gente responde desde sus casas a las llamadas de las campanas o cuántas Misas el domingo se celebran simultáneamente en tu ciudad o comunidades cercanas?
- ¿Sabías que todos los cristianos católicos en el mundo escuchan las mismas lecturas bíblicas y el mismo evangelio por cada domingo?
- ¿Crees que tú y el mundo que te rodea serían mejores si amaras a Dios, al prójimo y a ti mismo con la fuerza de la Palabra y el Pan de Vida que Jesús ofrece en la Eucaristía?



CONTEMPLAR DESDE LA FE



Ese mismo día, dos de los discípulos iban a un pequeño pueblo llamado Emaús, situado a unos diez kilómetros de Jerusalén. En el camino hablaban sobre lo que había ocurrido. Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos. Pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran. Él les dijo: «¿Qué comentaban por el camino?». Ellos se detuvieron, con el semblante triste, y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: «¡Tú eres el único forastero en Jerusalén que ignora lo que pasó en estos días!». «¿Qué cosa?», les preguntó. Ellos respondieron: «Lo referente a Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y cómo nuestros sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para ser condenado a muerte y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que fuera él quien librara a Israel. Pero a todo esto ya van tres días que sucedieron estas cosas. Es verdad que algunas mujeres que están con nosotros nos han desconcertado: ellas fueron de madrugada al sepulcro y al no hallar el cuerpo de Jesús, volvieron diciendo que se les había aparecido unos ángeles, asegurándoles que él está vivo. Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y encontraron todo como las mujeres habían dicho. Pero a él no lo vieron». Jesús les dijo: «¡Hombres duros de entendimiento, cómo les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas! ¿No será necesario que el Mesías soportara esos sufrimientos para entrar en su gloria?» Y comenzando por Moisés y continuando en todas las Escrituras lo que se refería a él. Cuando llegaron cerca del pueblo adonde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron: «Quédate con nosotros, porque ya es tarde y el día se acaba». El entró y se quedó con ellos. Y estando a la mesa, tomó el pan y pronunció la bendición; luego lo partió y se lo dio. Entonces los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron, pero él había desaparecido de su vista. Y se decían: «¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?». En ese mismo momento, se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén. Allí encontraron reunidos a los Once y a los demás que estaban con ellos, y estos les dijeron: «Es verdad, ¡el Señor ha resucitado y se apareció a Simón!». Ellos, por su parte, contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan..

Palabra del Señor

Los discípulos de Emaús pasaron por un proceso de “despertar” sus sentidos, su mente y corazón para aceptar a Jesús como compañero de camino. Saltaron de la decepción a la admiración, pasaron del odio al amor, de la desesperanza a la esperanza, del rechazo al deseo, de la tristeza a la alegría, de la ira a la paz. ¿Qué les sucedió de camino a Emaús? ¿Cómo es que se atrevieron a regresar con los apóstoles a Jerusalén poniendo en peligro sus vidas? ¿Quién les dio valor para levantarse de la “decepción” acerca de la crucifixión de Jesús? Sólo siendo discípulos de Jesús lo pudieron reconocer en la fracción del pan. De camino a Emaús ellos analizan lo que acaban de experimentar; una realidad que los llenaba de desilusión profunda, pues todas sus esperanzas en Jesús, como el Mesías prometido, se habían ido abajo por su muerte. Interpretan a la luz de las Escrituras con su compañero de camino, empiezan a ver su experiencia desde la mirada de los profetas. Deciden invitar a su compañero a compartir la cena y a seguir platicando con ellos, sin darse cuenta su compañero ya había estado en sus vidas desde hace tiempo y sigue estando al aceptar la cena. En el partir del pan, ¡los discípulos reconocen a Jesús! Ahora tienen la certeza de que ha resucitado. Por eso, celebran el encuentro y su corazón arde de alegría al contacto con él. A la luz de esta nueva experiencia, ellos evalúan lo que deben hacer y deciden regresar a la comunidad. Esta evaluación los lleva a estar listos para comenzar de nuevo, pero ahora son unos discípulos transformados; su “yo” más íntimo ha sido tocado por Jesús. Van con una fe reafirmada, una esperanza renovada y un gran amor a Dios y a sus hermanos, con quienes ansían compartir su experiencia del crucificado-resucitado desde el camino de Emaús, a partir de la fracción del pan.

PARA LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS EL DOMINGO SE CONVIRTIÓ EN UN DÍA CENTRAL EN SUS VIDAS, a partir del cual todo se hace nuevo, del cual todo comienza y avanza. **La fracción del pan simboliza la celebración eucarística con sus dos partes:** la liturgia de la palabra, que nos sitúa en la historia de salvación (profetas, apóstoles, evangelio), y la liturgia eucarística, que nos incorpora al sacrificio único e irrepetible de Cristo y nos une con él, quien nos acompaña en nuestra vida, en el camino de fe y en nuestra misión. El domingo es centro de la vida, porque es ahí donde Jesús nos alimenta en la Palabra y la Eucaristía.

No es lo mismo tener fe para entender el misterio de la presencia de Jesús en la Eucaristía que querer entender sin tener fe en Jesús, es decir, es diferente saber que Jesús está presente en la Misa dominical que querer vivir junto a la comunidad



un encuentro con él en la Palabra y el Pan, con todo y las consecuencias de ser enviado como testigo de Jesús vivo.

El Papa Francisco lo explica en sus catequesis acerca de la Eucaristía: no podemos olvidar el gran número de cristianos que, en el mundo entero, en dos mil años de historia, han resistido hasta la muerte por defender la Eucaristía; y cuántos, todavía hoy, arriesgan la vida para participar en la misa dominical. En el año 304, durante las persecuciones de Diocleciano, un grupo de cristianos, del norte de África, fueron sorprendidos mientras celebraban misa en una casa y fueron arrestados. El procónsul romano, en el interrogatorio, les preguntó por qué lo hicieron, sabiendo que estaba absolutamente prohibido. Y respondieron: *«Sin el domingo no podemos vivir»*, que quería decir: si no podemos celebrar la eucaristía, no podemos vivir, nuestra vida cristiana moriría. De hecho, Jesús dijo a sus discípulos: *«Si no comen la carne del Hijo del hombre, y no beben su sangre, no tendrán vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día»* (Juan 6, 53-54). Estos cristianos del norte de África fueron asesinados porque celebraban la eucaristía. Han dejado el testimonio de que se puede renunciar a la vida terrena por la eucaristía, porque esta nos da la vida eterna, haciéndonos partícipes de la victoria de Cristo sobre la muerte. Un testimonio que nos interpela a todos y pide una respuesta sobre qué significa para cada uno de nosotros participar en el sacrificio de la Misa y acercarnos a la Mesa del Señor. ¿Estamos buscando esa fuente que «fluye agua viva» para la vida eterna, que hace de nuestra vida un sacrificio espiritual de alabanza y de agradecimiento y hace de nosotros un solo cuerpo con Cristo? Este es el sentido más profundo de la santa eucaristía, que significa «agradecimiento»: agradecimiento a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo que nos atrae y nos transforma en su comunión de amor.

La Eucaristía es un suceso maravilloso en el cual Jesucristo, nuestra vida, se hace presente. Participar en la misa «es vivir otra vez la pasión y la muerte redentora del Señor. Es una teofanía: el Señor se hace presente en el altar para ser ofrecido al Padre por la salvación del mundo» (Homilía en la santa misa, Casa S. Marta, 10 de febrero de 2014). El Señor está ahí con nosotros, presente. Muchas veces nosotros vamos ahí, miramos las cosas, hablamos entre nosotros mientras el sacerdote celebra la Eucaristía... y no celebramos cerca de Él. ¡Pero es el Señor! Si hoy viniera aquí el presidente de la República o alguna persona muy importante del mundo, seguro que todos estaríamos cerca de él, queríamos saludarlo. Pero pienso: cuando tú vas a Misa, ¡ahí está el Señor! Y tú estás distraído. ¡Es el Señor! Debemos pensar en esto. «Padre, es que las misas son aburridas» – «pero ¿qué dices, el Señor es aburrido?» – «No, no, la Misa no, los sacerdotes» – «Ah, que se conviertan los sacerdotes, ¡pero es el Señor quien está allí!». ¿Entendido? No lo olviden. «Participar en la Misa es vivir otra vez la pasión y la muerte redentora del Señor. Intentemos ahora plantearnos algunas preguntas sencillas. Por ejemplo, ¿por qué

se hace la señal de la cruz y el acto penitencial al principio de la Misa? Y aquí quisiera hacer un paréntesis. ¿Ustedes han visto cómo se hacen los niños la señal de la cruz? Tú no sabes qué hacen, si la señal de la cruz o un dibujo. Hacen así [hace un gesto confuso]. Es necesario enseñar a los niños a hacer bien la señal de la cruz. Así empieza la misa, así empieza la vida, así empieza la jornada. Esto quiere decir que nosotros somos redimidos con la cruz del Señor. Miren a los niños y enséñenles a hacer bien la señal de la cruz. Y estas lecturas, en la Misa, ¿por qué están ahí? ¿Por qué se leen el domingo tres lecturas y los otros días dos? ¿Por qué están ahí, qué significa la lectura de la Misa? ¿Por qué se leen y qué tiene que ver? O ¿por qué en un determinado momento el sacerdote que preside la celebración dice: «levantemos el corazón»? No dice: «¡Levantemos nuestros móviles para hacer una fotografía!». ¡No, es algo feo! Y os digo que a mí me da mucha pena cuando celebro aquí en la plaza o en la basílica y veo muchos teléfonos levantados, no solo de los fieles, también de algunos sacerdotes y también obispos. ¡Pero por favor! **La Misa no es un espectáculo: es ir a encontrar la Pasión y la Resurrección del Señor.** Por esto el sacerdote dice: «levantemos el corazón». ¿Qué quiere decir esto? Recuérdenselo: nada de teléfonos. Es muy importante volver a los fundamentos, redescubrir lo que es esencial, a través de aquello que se toca y se ve en la celebración de los sacramentos. La pregunta del apóstol santo Tomás (cf. Juan 20, 25), de poder ver y tocar las heridas de los clavos en

el cuerpo de Jesús, es el deseo de poder de alguna manera «tocar» a Dios para creerle. Lo que santo Tomás pide al Señor es lo que todos nosotros necesitamos: verlo, tocarlo para poder reconocer. Los sacramentos satisfacen esta exigencia humana. Los sacramentos y la Celebración Eucarística de forma particular, son los signos del amor de Dios, los caminos privilegiados para encontrarnos con Él.

¿Qué es esencialmente la Misa?

La Misa es el memorial del Misterio pascual de Cristo. Nos convierte en partícipes de su victoria sobre el pecado y la muerte y da significado pleno a nuestra vida. Por esto, para comprender el valor de la misa debemos ante todo entender entonces el significado bíblico del «memorial». **«En la celebración litúrgica, estos acontecimientos se hacen, en cierta forma, presentes y actuales. De esta manera Israel entiende su liberación de Egipto: cada vez que es celebrada la Pascua, los acontecimientos del Éxodo se hacen presentes a la memoria de los creyentes a fin de que conformen su vida a estos acontecimientos».** Catecismo de la Iglesia Católica (1363). Jesucristo, con su Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión al cielo llevó a término la Pascua. Y la Misa es el memorial de su Pascua, de su «éxodo», que cumplió por nosotros, para hacernos salir de la esclavitud e introducirnos en la tierra prometida de la vida eterna. No es solamente un recuerdo, no, es más: es hacer presente aquello que ha sucedido hace veinte siglos. La Eucaristía nos

lleva siempre al vértice de las acciones de salvación de Dios: el Señor Jesús, haciéndose pan partido para nosotros, vierte sobre vosotros toda la misericordia y su amor, como hizo en la cruz, para renovar nuestro corazón, nuestra existencia y nuestro modo de relacionarnos con Él y con los hermanos.

Cada celebración de la Eucaristía es un rayo de ese sol sin ocaso que es Jesús Resucitado. Participar en la Misa, en particular el domingo, significa entrar en la victoria del Resucitado, ser iluminados por su luz, calentados por su calor. A través de la Celebración Eucarística el Espíritu Santo nos hace partícipes de la vida divina que es capaz de transfigurar todo nuestro ser mortal. Y en su paso de la muerte a la vida, del tiempo a la eternidad, el Señor Jesús nos arrastra también a nosotros con Él para hacer la Pascua. En la Misa se hace Pascua. Nosotros, en la Misa, estamos con Jesús, muerto y resucitado y Él nos lleva adelante, a la vida eterna. En la Misa nos unimos a Él. Es más, Cristo vive en nosotros y nosotros vivimos en Él: *«Yo estoy crucificado con Cristo –dice san Pablo– y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí: la vida que sigo viviendo en la carne, la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí»* (Gálatas 2, 19-20). Así pensaba Pablo.

Su sangre, de hecho, nos libera de la muerte y del miedo a la muerte. Nos libera no solo del dominio de la muerte física, sino de la muerte espiritual que es el mal, el pecado, que nos toma cada vez que caemos víctimas del pecado nuestro o de los demás. Y entonces nuestra vida se contamina, pierde belleza, pierde significado, se marchita.

Si el amor de Cristo está en mí, puedo darme plenamente al otro, en la certeza interior de que, si incluso el otro me hiriera, yo no moriría; de otro modo, debería defenderme.

Los mártires dieron la vida precisamente por esta certeza de la victoria de Cristo sobre la muerte. Solo si experimentamos este poder de Cristo, el poder de su amor, somos verdaderamente libres de darnos sin miedo. Esto es la Misa: entrar en esta Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión de Jesús; cuando vamos a Misa es si como fuéramos al calvario, lo mismo. Pero piensen ustedes: si nosotros en el momento de la Misa vamos al calvario – pensemos con imaginación– y sabemos que aquel hombre allí es Jesús. Pero, ¿nos permitiremos charlar, hacer fotografías, hacer espectáculo? ¡No! ¡Porque es Jesús! Nosotros seguramente estaremos en silencio, en el llanto y también en la alegría de ser salvados. Cuando entramos en la iglesia para celebrar la Misa pensemos esto: entro en el calvario, donde Jesús da su vida por mí. Y así desaparece el espectáculo, desaparecen las charlas, los

comentarios y estas cosas que nos alejan de esto tan hermoso que es la misa, el triunfo de Jesús. Creo que hoy está más claro cómo la Pascua se hace presente y operante cada vez que celebramos la Misa, es decir, el sentido del memorial. La participación en la Eucaristía nos hace entrar en el misterio pascual de Cristo, regalándonos pasar con Él de la muerte a la vida, es decir, allí en el calvario. La Misa es rehacer el calvario, no es un espectáculo.

La misa está formada de dos partes, que son la Liturgia de la Palabra y la Liturgia eucarística, tan estrechamente unidas entre ellas que forman un único acto de culto... es necesario conocer estos santos signos para vivir plenamente la misa y saborear toda su belleza.

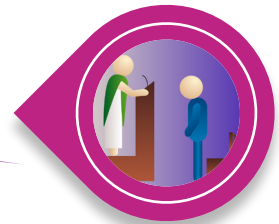


ACTUAR: POSTURAS Y GESTOS DE LA MISA



La postura uniforme seguida por todos los que toman parte en la celebración, es un signo de comunidad y unidad en la asamblea, ya que expresa y fomenta al mismo tiempo la unanimidad de los participantes. Con nuestro cuerpo también alabamos a Dios, y las principales posturas que debemos tomar toda la asamblea durante la celebración litúrgica son tres: **de pie, sentados y de rodillas**.

POSTURAS DE PIE



Significa la actitud de **DISPONIBILIDAD** en que debemos estar para dar una respuesta a lo que Dios quiere de nosotros. También significa **RESPETO** ante la presencia de Dios.

Momentos en los que debemos estar de pie:

- 🕯 Al recibir al celebrante.
- 🕯 Durante el saludo inicial.
- 🕯 Durante el Acto Penitencial.
- 🕯 En el momento del Señor ten piedad.
- 🕯 En el Gloria.

- ✚ Desde el Aleluya hasta que termina el Evangelio.
 - ✚ A la hora del Credo.
 - ✚ Durante la Oración de los Fieles.
 - ✚ En la Oración sobre las Ofrendas.
 - ✚ Prefacio y principio de la Plegaria Eucarística (oración posterior al Santo).
 - ✚ Después de la Consagración hasta la Comunión.
- Después de la Comunión cuando el sacerdote dice “Oremos”.



POSTURA SENTADOS

Actitud de quien se concentra para escuchar, meditar con calma y dialogar con intimidad.

Momentos en que debemos estar sentados:

- ✚ Durante las Lecturas y salmo responsorial.
- ✚ Durante la homilía.
- ✚ Durante la preparación de dones hasta “Orad hermanos”.
- ✚ Durante la Comunión (quienes no pasen a recibir el Cuerpo del Señor).

POSTURA DE RODILLAS



Es la actitud del pecador ante la infinita santidad de Dios, significa también respeto, humildad, pequeñez y adoración.

Momentos en que debemos estar de rodillas:

- ✚ Cuando el sacerdote pone las manos sobre los dones (pan y vino) hasta que termina la Consagración.
- ✚ Como nota complementaria podemos mencionar la GENUFLEXIÓN, que consiste en doblar la rodilla derecha ante la Eucaristía; es una actitud de respeto y de adoración.

POSTURAS DEL SACERDOTE

El sacerdote usa una serie de expresiones externas y posturas corporales para reforzar el sentido de los signos. Son muy comunes en el sacerdote cuatro clases de posturas:



LOS BRAZOS ABIERTOS Y ELEVADOS: Es una postura de oración que expresa lo más íntimo del ser humano, signo de alabanza, de júbilo, de alegría, de amistad y acogimiento.

LAS PALMAS DE LAS MANOS HACIA ARRIBA: Manos abiertas que piden, que reconocen su propia pobreza, que esperan recibir el don de Dios. Expresa lo contrario del puño violento, de las manos cerradas al egoísmo.

MANOS UNIDAS, PALMAS CONTRA PALMAS O DEDOS ENTRELAZADOS: Esta postura expresa o es una actitud de recogimiento, de meditación, de paz. Es el gesto de uno que se concentra en algo, que interioriza su sentimiento de fe.

MANOS EXTENDIDAS CON LAS PALMAS HACIA ABAJO: Señal de bendición, de infusión o comunicación del Espíritu (por ejemplo, cuando el sacerdote extiende las manos sobre el cáliz).

Podemos mencionar además otras posturas o acciones del sacerdote: En la presentación de los dones el sacerdote eleva un poco sobre el altar el Pan y el Vino como un gesto de presentación, no de ofrecimiento.

En la Consagración, después de pronunciar sobre cada uno de los dones la palabra de Cristo, el sacerdote los eleva un poco con el fin de mostrarlos al pueblo. Terminada la Consagración, el sacerdote eleva hacia Dios el Cuerpo y la Sangre de Cristo –esta vez los dos juntos, uno en cada mano– para que la comunidad le rinda homenaje de adoración.

La genuflexión del sacerdote, también tiene la finalidad de adoración a Dios.



ORACIÓN FINAL

Jesús, Señor de la vida y de la historia,
Gracias por la oportunidad que das a nuestro pueblo mexicano de celebrar un nuevo Congreso Eucarístico Nacional.
Queremos responder a la voz del Padre que nos dice:
Pueblo de Dios, levántate y come, el camino es largo.
Gracias por llamarnos a ser tu pueblo, sobre todo cuando nos reunimos en torno a ti en la Sagrada Eucaristía.
Gracias por el pan de tu Palabra que nos dice: “¡Levántate! Mi pueblo no puede estar postrado”.
Gracias, porque con tu Cuerpo y tu Sangre nos alimentas para ser pueblo peregrino siempre en marcha.
Señor Jesús, el camino de México se hace largo, son muchos los retos que tenemos por delante: Respetar y promover la vida desde el seno materno, fortalecer a nuestras familias para que se vayan conformando de acuerdo al plan de Dios, trabajar por una sociedad mas justa, cuidar la casa común; por eso te pedimos, los que creemos que realmente estás presente entre nosotros sobre todo en la Eucaristía, que recibamos abundantes gracias para que cada bautizado madure en la fe, fortifique su esperanza y con caridad fraterna participe activamente en la construcción de tu Reino en nuestra patria.

Que en el VII Congreso Eucarístico Nacional,
cada Iglesia particular de México,
responda a tu llamada que nos dice:

V: ¡Pueblo de Dios!

R: Levántate y come, el camino es largo.

V: Santa María de Guadalupe, esperanza nuestra

R: Salva nuestra patria y conserva nuestra fe.

AMÉN.

